

HOSPITALIDAD E INCLUSIÓN EN EL MUNDO DE LA ESCUELA¹

Mario Germán Gil Claros²

Universidad Santiago de Cali, Grupo de Investigación Educación, Epistemología y Filosofía. Colombia
humanistica@colegiohispano.edu.co

Recibido/Received: 26/07/2018

Aceptado/Accepted: 31/08/2018

RESUMEN

¿Qué es educar? ¿Es mera organización del pensamiento desde un orden lógico formal? ¿Qué me dice el Otro con su presencia y su lenguaje? ¿Quién es el Otro en el acto de aprendizaje? ¿Qué significa incluir al Otro en la escuela? Estas y otras preguntas surgen a diario en el mundo de la escuela en su dinámica y vitalidad, cargada no sólo de saberes y de conocimientos, sino también de alegrías y lágrimas, entre tantas facetas que aflora y esconde el mundo escolar.

PALABRAS CLAVE

Acontecimiento, ética, otro, pedagogía

SUMMARY

What is to educate? Is it mere organization of thought from a formal logical order? What am I said from the others with their presence and their language? Who is the one in the act of learning? What does it mean to include the Other in school? These and other questions come out daily in the school world, in its dynamics and enthusiasm, charged not only of knowledge, but also of joy and tears, among so many facets that come and hide the school world.

KEYWORDS

Event, ethics, other, pedagogy.

Se asume al sujeto-educando cuando descubrimos que a su interior hay una serie de acontecimientos (Bárcena, 2000), tanto morales como epistemológicos, que van a determinar su formación, ya sea de manera positiva, cuando descubre o le llegan ciertas disertaciones que modifican su aprendizaje; o ya

¹ El presente artículo es resultado del trabajo investigativo desarrollado por el autor y es presentado en el I Congreso Iberoamericano de Docentes. Algeciras- España - 2018.

² Autor para correspondencia/ Corresponding autor: Mario German Gil Claros. Dirección área humanística. Colegio Hispanoamericano. Avenida 3CN No. 35N – 55. Cali – Colombia. Sugerencia de cita/
Suggested citation: Gil-Claros, M.G. (2018). Hospitalidad e inclusión en el mundo de la escuela. *Revista ACTITUD*, 15(1), 15-19.

sea de manera negativa, cuando dichos discursos detienen toda expectativa que había cultivado respecto a una determinada enseñanza, provocando en él diversas reacciones, ya sea de indiferencia, de silencio o simplemente dejándose arrastrar por la inercia de las clases. Ahora bien, el acontecimiento como inclusión en el aula, marca la formación, no sólo porque quiebra con la rutina, la cotidianidad, sino porque abre un mundo nuevo, a veces inesperado, jalona nuestro interés, nuestra curiosidad, ya sea individual o colectiva, pues el calor humano del aula se presta para ello. Así, el acontecimiento se constituye en un acto ético, acompañado del saber y del conocimiento, que va a incidir en la condición humana, pues obliga, arrastra a una toma de posición frente al aprendizaje, en lo que podríamos llamar una actitud pedagógica, frente a los procesos de formación y de inclusión, en los cuales demostramos dicha disposición para el saber, para el conocimiento, en el que la novedad, pese al discurso repetitivo de la escuela en su labor de conservar la memoria de un pueblo, de una cultura, ha de ser interesante en su discurso. Esto último implica una historia no sólo del sujeto en cuestión, sino una historia colectiva, una historia de vida y del entorno al que se pertenece.

En el acto pedagógico, el Otro es recibido e interactúa con nuestras vidas. Es decir, el Otro a partir del conocimiento de sí mismo se apropia del proceso educativo; el maestro en su mirada y su acción lo acompaña en lo que sería la constitución pedagógica de sí mismo. En nuestro presente sería un proceso complejo y difícil, pues la mirada moderna se desplaza hacia el objeto como recompensa de todo conocimiento; la verdad es objeto de galardón, de título y de competencia, donde la mirada de sí mismo como acto psicológico y pedagógico, es marginada y la relación con el Otro es indirecta, muchas veces excluyente, mediada por el objeto, fuente de riqueza que suplanta el rostro. En nuestro, el mundo de la escuela, al discapacitado, al que tiene otra opción de vida, la etnia, entre otros, que van a incidir al interior de ella como un fenómeno de abyección.

La ética de todo acto pedagógico, asumida desde una postura de inclusión, el Otro, es acogida hospitalariamente (Derrida) y responsablemente (Lévinas). “Es una pedagogía que reconoce que la hospitalidad precede a la propiedad, porque quien pretende acoger a otro ha sido antes acogido por la morada que él mismo habita y que cree poseer como algo suyo” (Bárcena. 2000, p. 15), en una relación entre “iguales” y “libres”. Por tanto, asumir la pedagogía en este ámbito, en relación con el Otro, es saber cuál es su condición, su mirada, su rostro. El Otro se implica en mi horizonte de vida, en mi manera de vivir y de ver el mundo, accediendo al ser humano; otros dirían a la “humanidad”. En conjunto, el Otro es aceptado y no simplemente reconocido.

Al relacionarme con el Otro, me involucro en otros horizontes de vida, que puedo o no incorporar y hacerlos parte de la mía; es cuando el Otro entra en mi escenario vital, en mis asuntos, en mi visión de mundo, en mi memoria, como lo incluyo. Por eso el Otro, la cultura, el aprendizaje, han de permanecer frescos en el recuerdo frente a unas sociedades del olvido, del mero goce instantáneo y del enfermizo consumismo, que evita el compromiso, es apática y destaca lo insignificante. “Una cultura y una subjetividad amnésica es cómplice de los verdugos, de los vencedores de la historia” (Bárcena. 2000, p. 19). Es lo que Foucault tanto cuestionó en sus trabajos: ser objeto sutil del poder y del saber, que cruza el pensamiento y el comportamiento de los sujetos, hoy en crisis espiritual y que ha afectado a las culturas y pone en entredicho lo que hasta ahora se ha construido, acompañado por una profunda y absurda desigualdad social, tanto en pueblos pobres y atrasados como al interior de pueblos ricos. En este sentido, las naciones no pueden olvidar y borrar de un solo plumazo los horrores que tanto han espantado su espíritu cultural y social; mal se haría en caer en simples lógicas, que Nietzsche define como apariencias de lo bello, del perdón y el olvido por parte de quienes perpetraron dichas atrocidades. Por tanto, la ética de los pueblos no se construye a partir de estas condiciones. Ante esta situación, muchos op-

tan por una mirada embriagadora de la comunicación, para soslayar el vacío que los Otros dejan en nuestro mundo; precisamente la memoria hace que estos sucesos no queden en el olvido, como el horror, como lo absurdo, como la barbarie, como la indiferencia.

La memoria, pues, tiende un puente entre el pasado y el presente, desde el propio instante actual, entre el mundo de los muertos y el de los vivos. La memoria como puente temporal, es interpretativa, y por eso su función es reflexiva. (Bárcena. 2000, p. 22)

Lo que permite saber quiénes hemos sido, como también quién es el Otro a través de su riqueza histórica y de su radical disenso, principio de realización, el cual reconozco en su pluralidad cultural a través de la escuela.

En esta dirección, el diálogo vivo y directo, no mediado por los medios de comunicación, edifica lazos sociales y culturales, en el que el aprendizaje juega un papel de constructor y de conocimiento del Otro, en el momento de hacerlo parte del mundo educativo. De ahí que el diálogo permanente entre memoria y aprendizaje, evita el olvido y el error tanto en los sujetos como en los pueblos. La grandeza de esta unión descansa en su creatividad, en su arte, que mantiene vivo el interés por lo que hemos sido y no queremos ser. Así, la subjetividad en la escuela se puede construir a partir de esta reflexión de orden psicológico y pedagógico: pensar al Otro en el recuerdo, para poder pensarme. En otras palabras, en el Otro me percibo, me conozco como soy, en el momento de incluirlo.

En el Otro hay un acto de aprendizaje, de formación como ser-humano; la mirada que tenemos de él no se da en la privacidad, en el egoísmo, sino en el espacio público (político) ante los demás, como seres virtuosos (política); no hay necesidad de ocultarse, al contrario, como lo hace el filósofo socrático, es poner a la luz lo oculto, lo marginado, lo ignorado, lo excluido. En este sentido, estar frente al Otro se conjuga no sólo con el mirar,

sino con el escuchar y con el sentir, es decir, con todos nuestros sentidos, lo que nos liga al mundo, nos comunica, nos permite interactuar y evitar nuestro aislamiento, nuestro autismo cultural y social, que es en el fondo lo que invisibiliza otros modos de vida. Ellos nos ayudan a construir lo común, el diálogo vivenciado; permitiendo no sólo reconocer un mundo familiar, sino hacerlo parte de nuestras proyecciones y acciones fundamentales, de nuestro horizonte de vida; conservado en el acervo de la memoria. En consecuencia, sin el Otro no somos nada, pues nos debemos a él como él a nosotros; por eso la educación ha de jugar un papel clave en este proceso de relación entre seres-humanos. Porque: “Es quizá posible pensar la educación como acompañamiento, hospitalidad y recibimiento del otro en su radical alteridad; y que contra la <<horrible novedad>> del totalitarismo, es un deber pensar la educación como natalidad y creación de novedad” (Bárcena. 2000, p. 47).

El sujeto educando comparte en espacios familiares, la presencia y familiaridad de los Otros, que es el tercero, con el cual participa en ámbitos abiertos de manera anónima y afectivamente alejados; que políticamente se conjuga en asuntos comunes que los afectan ciudadinamente cuando nos anunciamos; en este sentido, el rostro deja de ser uno más cuando asumimos un papel protagónico y político. En esta dirección, la ciudad se convierte en la morada universal, pues en ella nos realizamos de múltiples formas, algunas veces con dificultad cuando queremos salir adelante, en otras con éxito. En la ciudad nos proyectamos como seres-humanos ante los Otros, ante los cuales queremos ganar, no sólo reconocimiento político, económico, social y cultural, sino estimación, placer y amor. En otros términos, es la construcción de una ética de la hospitalidad, en el que el Otro es aceptado y bienvenido, siempre y cuando en medio de su alteridad, no afecte y ponga en peligro la vida. Así, la ciudad hospitalaria se convierte en espacio de confianza, de seguridad y tranquilidad para quienes la viven, pues ella lo que hace es asumir nuestra presencia, nos saca del olvido, nos brinda acogida y calidez, nos fortalece al dar nacimiento a todas

las posibilidades de vida, como la natalidad, que es en últimas lo que la mantiene y forma al futuro sujeto a través de una pedagogía urbana, que nos da rostro, nos da visibilidad ante los demás en el aprendizaje. En consecuencia, precisamos del Otro para ser humanos.

La educación, asumida como praxis, nos liga a una memoria, a una tradición, a una pertenencia, en la que los demás, incluso los extraños, son parte fundamental de lo que somos, permite fluir sin mayor contratiempo en nuestra historia, que puede ser la historia de los Otros en su inclusión. En la mirada del Otro prima la acción educadora del pensamiento, el cual es acogido y recibido hospitalariamente cuando el encuentro que se da reporta un beneficio mutuo, sin que tengamos que borrarlos a nosotros mismos, lo que nos lleva de nuevo al ejercicio de la comprensión de lo que somos. De ahí que la historia que se construya tenga su debida importancia en el aprendizaje. La historia es aquella en la que el sujeto está inscrito en la preocupación por sí mismo y por establecer vínculos de inclusión en medio del disenso; la escribe, la arma como fuente literaria, en la que el personaje central es él mismo, asumido creativamente a través del lenguaje, con el Otro, con los hechos inéditos en el aprendizaje, que nos beneficia en el momento de fortalecer nuestra subjetividad. La filosofía juega su papel en este proceso de conformación de la subjetividad, la cual ha de ayudar a la construcción de la autonomía en sus diversas características morales e intelectuales por medio de lo que Foucault ha dado en llamar una hermenéutica de sí mismo, inscrita en una genealogía de lo que somos, en el que están presentes los siguientes aspectos en el aprendizaje en el mundo occidental: la memoria, la reflexión y el método. Además: el escuchar, el dialogar, el escribir, como el ver.

Hablar de problemas de exclusión y de inclusión social en una sociedad que a lo largo de su historia ha estado surcada, desde su gestación hasta su nacimiento, como en su posterior proceso de maduración como Estado, como lo es Colombia, ha sido complejo y difícil, máxime cuando el es-

píritu que la mueve ha estado cimentado por una mentalidad y unos hechos de orden premoderno o colonial, rayando en un comportamiento que ha moldeado la postura y las diversas moralidades del colombiano.

¿Qué importancia amerita este tipo de análisis en una sociedad excluyente como la colombiana, que a diario, a pesar de los acuerdos, discursos y diferentes programas, vive el desconocimiento del Otro en sus variadas expresiones, desde lo cultural, lo educativo, lo religioso, lo político, lo económico, hasta la vida cotidiana? ¿Hacia dónde puede conducir, en términos políticos, la experiencia de desprecio social y de exclusión que han vivido algunos sectores de la sociedad en Colombia? ¿Qué aportes pueden darse desde esta reflexión para una sociedad en el postconflicto? Estos interrogantes plantean el reto de construir un proyecto común de país y de democracia incluyente, superar los intereses particulares de personas y grupos de presión políticos y económicos. El logro de dicho propósito pasa, necesariamente, por el fortalecimiento de la educación del sujeto colombiano a partir de su inclusión y no de su exclusión, lo cual nos daría posibilidades de un verdadero reconocimiento de los Otros, de las otredades, no formalmente, (que el derecho y la Constitución reconocen al interior de los mismos), sino de hecho, con políticas educativas incluyentes, en las cuales el Otro, que ha sido marginado, se sienta amplia y vitalmente incorporado, que pueda hablar activamente como incluido.

Lo anterior exige repensar la educación para una sociedad del posconflicto, pues además de dar oportunidades de orden económico y social, se precisa de un sujeto, cuya mentalidad sea radicalmente diferente a la postura violenta, de exclusión y de sumisión en el momento de abordar los conflictos que se nos presentan. ¿Qué mejor lugar, entre otros, que la escuela en la formación de un sujeto implícito en el currículo escolar con posturas democráticas para la vida? Los lineamientos curriculares la señalan como el lugar que nos sirve para interrogarnos acerca de quiénes somos como

sujetos pertenecientes a una comunidad, grupo social, país o cultura; ante todo, cómo nos reconocen los demás como parte de una sociedad universal, en medio de la diversidad, llamando la atención en la construcción de un proyecto de nación, que en Colombia es bien complejo en su propósito, siendo una de las causas del conflicto. Precisamente tanto la escuela como la educación, deben brindar los medios para este fin que ha de involucrar a todos, pues la inclusión en el mundo escolar precisa del reconocimiento de la diversidad, del disenso.

Por último, los procesos educativos precisan de un sujeto con actitud ética en la escuela, que sepa asumir autónomamente lo que es el aprender, lo que es incluir, enfrentarse a los retos que el mundo presenta a partir de dicha postura o actitud, caracterizada por mirarse, conocerse, dominarse y gobernarse a sí mismo, en el que el Otro cuenta como elemento transformador, lo cual va más allá de una escuela que no quede presa en el mero escribir y contar, en la sola adquisición de habilidades irreflexivas. En gran medida, la educación debe persistir en la pregunta ontológica de lo que somos en medio de la crisis espiritual en la que está sumido el mundo, en especial Occidente. Hoy para Occidente, en medio de su crisis espiritual, surge de nuevo la pregunta: ¿Quiénes somos? Implica construir y reconstruir la trama de la vida al interior de la escuela, en la que pasamos gran parte de nuestra existencia y nos obliga a pensarnos, a tomar postura ante nuestra vida y ante el mundo, lo cual no es fácil, en un mundo saturado de ruido. En otras palabras, precisamos de una verdadera actitud pedagógica al interior del mundo escolar, repensando lo que hemos construido como cultura hasta el momento en una nueva ciudad hospitalaria. Pues la inclusión exige de hospitalidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Badiou, A. (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Barcena, F. & Mèlich, J.C. (2000). *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Derrida, J. (2003). *El siglo y el perdón*. Buenos Aires: Ediciones la flor.
- Gil Claros, M.G. (2016). *Subjetividades escolares*. Santiago de Cali: Editorial Redipe.
- Lévinas, E. (1995). *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Salamanca: Sígueme.